

CAPITULO. I

Sin terrenalidad viajó, citadinamente, dentro una espiral cafésácea ploma, iluminada en su propio esplendor, subsiguiente al ruido mecánico centíco, mientras seavantaban aquellos aparatos, árboles tendidos. Hacía mucho calor, corría poco viento, las hojas no se movían por aquellos extraños parajes del sueño. Bajo jadeante respirar pausado, asía entre manos, íconos impresionantes, sobre calles chapadas y altos edificios euro renacentistas. Un carretón pasó con despojos llevando enseres —almuerzo campestre-, amparados tubularmente. Truenos más relámpagos iluminaban hacia Atlántico Este, pero tampoco estaba enterado él, percibiendo desde cualquier ángulo, gala libertaria desplazatoria.

Orfeo, que navegas en la tempestad onírica, entre corteza de oro.

Última generación infantil, perversa -lúdica, portando hondas iniciáticas apuntaban hacia rastreadores semiextintos. Quedaron descuartizados, entre garzas, garrobos, zanates, salamanqués y una hermosa gallinácea, con alas dispersas sobre humedad telúrica. Las tiradoras habían sido engalanadas para la ocasión.

Vivero amerrisquense, brumoso cordilleral, había sido incursionado por el niño Pancrasy y demás chicuelos bajo su directriz.

Encima, planta eólica, pretendiendo iluminar gran ciudad, encontrábase parcialmente edificada, sobre elevada peña donde divisa brillo debido contacto solar con aguas lacustres: al fondo, sus avispadas elevaciones cafés, hacía tiempo dinamitada por huestes politiqueras, era razón la cual solamente suministraba energía parcial. Los fuertes vientos del Este favorecían el movimiento mecánico.

Entonces, Pancrasy fue un niño mimado por padres que celebraban sus fechorías, excepto, cuando recibía sus dosis de coyunda cruda, como antes. El había crecido con ciertas limitaciones.

En aquella época de clonaciones, más depredación ambiental, —jamás imaginada por conquistadores y misioneros fundacionales del departamento, encima epopeya sangrienta, confrontando rancherías, zarzales, desnutrida iglecita poblana, cofradías, tenientes curas, administradores feudoreligiosos—, pululaban calles terrosas, luego que adoquines desaparecieron, algunas vacas, con lanza piedras, sobre reliquias mutantes: entre incredulidad profética e espiritualidad nula, menoscabando grupalmente, donde conspiración dividía ciudades multipersonales.

El niño Pancrasy sintió placer por el sufrimiento cuando se divertían, con su honda traviesa, hábil creador para toda clase maledicente.

En ese vaivén pasó su infancia, como animalito: protestaba por todo; mejor, sus padres le complacieron dominancia, una señal progenitora depositada. Grato impositor, restableciendo autoestima, entre abundantes máscaras, necesidades, donde no caía red sobre mar, sino para atrapar gratificaciones personales, aunque después maldiga al agua, barca, propia red y pescados.

Por falta de oportunidades no pudo quejarse, entre libros disciplinarios. Al igual que Pedrarias hace 650 años, modernizó máscaras güegüénsicas, para acertar puntería, frente a todo desagrado, en ese afán protagonista, sobre planeta donde mercancía dejó ser cautiva voz sistémica creada, y, desde Nueva Yesterday, un nuevo canto anuncia morada.

¿Qué es lo que realmente ata al hombre para *trascender infierno desírico*, comprendiendo misión individual más tolerante y fructífera?. ¿Acaso la cultura ha sucumbido en esta jungla de íconos devaluados y fantasmagóricos?

Días antes, se habían estremecido laderas aguascalienteñas, donde, por tradición oral, nació una leyenda, evocando serpiente feroz sobre sueño poblano.

El niño Pancrasy poseía buen coeficiente intelectual, siempre disciplinado al estudio como grosero en sus travesuras.

¿El temperamento es más poderoso y determinante frente a cultura? ¿Significa Güegüense con mil máscaras, herencia genética de ultramar, o *trasposición ética fraudulenta*? ¿Por qué una civilización analfabeta, mágica rural, funciona mejor?

La otra vez anduvo arrancando afiches pedagógicos, surrealistas y verdes, donde hojas fueron dedos; raíces, largos pies; ramas, brazos de frondoso árbol, para motivar aprendizaje ecológico. No dejó uno en escuela; además, alimentó hoguera del patio doméstico, con slogan escrito a tiras papel, acompañando íconos.

En esa ocasión, sus padres, se divirtieron con el provoca fuego, a grandes llamaradas, ante arbustos estremecidos al viento recalentado, perpendiculares sobre desdichada ciudad, sin soportar adoquines, desdentando revestimiento para detener flujo calcinante, junto inversión extraplanetaria y escasez petrolífera.

Sin embargo, la capacidad del niño Pancrasy era normal, percibiendo cosas que ocurrían por su propia causa, conociendo reglas urbanísticas y hábil maniobrista para evitar ser descubierto. En las pocas librerías existentes, como supermercados posdesérticos, siempre estuvo atento a socorrer cualquier demanda:

— ¿Le llevo el bolso señora?

! —No se mueva; lo levanto!

O si no: — Pasen ustedes, bienvenidos a la biblioteca, señores—

Como si realmente fuera el trabajador. Y en un acto de exacerbada cortesía, limpiaba los asientos, hasta llevaba libros a bibliotecas, puesto que conocía algunos temas; empero, cuando se apostaba monedas, las arrebatava del grupo lúdico.

En la mano, lánguidamente, sostenía el libro profético, con citas marcadas a colores sobre seres extraños y hecatombes mundiales.

“No centauros de mitología rara, más barbas, cabelleras largas, diadema oro, alas seda, fauces felinas, cola alacranada. Sin jerjes, esculpida piedra o una cibeles leonina, fábula griega. Son langostas pétreas con vómitos, exhalaciones, para los que dañaron armonía, pesando ayes, trompetas, tras exhortaciones. Tampoco reina Mab a carro fuego, ni caravana del Olimpo febo; es x, ultravioleta y beta, las cavernas cerebro, adjunto haces helio en cueva Polifemo”.

Hubiera deseado volar siendo niño, hacia un mundo mágico, evitando preocupaciones, empero desarrolló inteligencia en malicia, alas cortadas *entre odio y falsas gratificaciones*; lo que nunca imaginaría del viejo sueño, heroico, cumplirlo parcialmente, afán propietario fabril, sin caballo, casaca, sombrero castor ni espadines con empuñadura metálica, charretera áurea, pero sí, bota güegüénsica encima cuellos deslúcidos. Entonces merodearían ideas huracanadas pos intimidad, gracias a sus ahorros, apuntando sobre desafectos.

El sueño dentro del sueño lo hizo dar vuelta en aquella champa.

Un día soñó sin interpretar, como para hacer disección onírica: Apareció insecto belludo, tratando liberar cortapisas, hacia cielos ignotos, donde encontrabase sicodélicamente. Otros, en mayoría, lo tenían apresado entre pinzas, forradas móvilmente, al centro una complicada red, sin moverse, hasta aparecer el mayor, liberándolo del laberinto; luego se vio sobre cuerpo, abruptamente, pos Juigalpa futura.

Esa mañana había ejecutado una ofrenda solar, tributo pos Torquemada, con lúcidos empastados, letras evocando esplendorosos rayos que habían escrito su idioma flamante, sobre corteza, reseña estacional, sequías, buenas temporadas, abundantes cosechas, libro vital, como en yema dedos, pie, iris y hasta cabellos, registro al natura, incinerando memorandum tras hoja impresa. libros, folletos más emblemas ciudadanos, de llamados concursos, todo a cenizas. Un triste recuerdo del pasado tenebroso, incierto, desacierto, coercitivo.

Por aquella época, las fumarolas aguascalienteñas, fueron señales augúricas. Un inminente fuego, surcando espacio urbano, fauces trémulas y altivo aliento, profetizaba oralmente, señalizando vuelos espaciales a nuevos horizontes, renaciendo en algún punto del área urbanística, semidesértica.

En esa ocasión, de chispas frenéticas, danzantes sobre portada full color, como buen aprendiz, sin toga ni corona a tiranuelo, ejecutó con su sinfonía, paciente y contento, una entonación, haciendo brotar los genios psíquicos, dentro escarpadas ideas unificantes, fraguando cálidos vientos orientales.

A pesar ser un niño rebelde, grosero para los animales, típico lúdico, sabía ocurría algo en el vivero frecuentado, ejecutando fechorías sobre iguanas moradas, con aletas carroñeras, cabezas cangúricas, reverenciales; de murciélagos ojos búhicos, boca rectangular tatuada, rayas y símbolos cónicos; perezosos colgados encima cúpulas cañaverales; saurios pleistocénicos, cabezas antrópicas, movidas verticalmente, como muestra viviente, extintos garrobos anidantes por trincheras pétreas vetustas; liebres barbadadas - garras felinas-. Una fauna clónica entre cocales, abanicos silvestres, donde *Pancracyto experimentaba inconformidad al mundo*.

Pero, su vocación intensa, observar aquellas fructíferas colgadas, acariciando suelo cabreado: árboles de cedro, pochote, guanacaste, caoba, níspero, que crecían a la altura del hombro para experimento reproductivo extraplanetario, vía gran ciudad nuevayesterdayana, como especímenes raros o para exhibirse en altares sacros, oficinas centrales y jardines urbanísticos.

De regreso a casa, con alforja fibra bambú, machacado sobre vetustas piedras del antiguo indio, introdujo, hasta llenar cesto, nísperos, mangos, guanábanas y otras que parecían jocotes degradados.

Por el camino quebrado, iinsólito sol!, tomó dos huevos garzop sobre un frondoso Ceibón, reliquia sobreviviente, donde estudiantes acampaban con sus guías, debido extrañeza mezcla de garza más zopilote.

In ill tempore había llegado del extranjero la niña Moccuany, donde exponía su melodiosa voz a diverso público, bajo teatros metropolitanos, diseñados exóticamente, con flores, plantas, promocionada por "**Asociación Garzas Azules**", un grupo culturalista, en cuyo seno habían pincelistas, escultores, grabadores, artesanos, orfebres, músicos, bailarines, pintores spray o tizas sobre suelo, mimos y poetas, hasta negociantes, que ante ineficiencia mercantil, mal augurio mundial, causadeterioro medio ambientalista, habían comprendido salvar el planeta.

La niña Moccuany, además, bailaba, tocaba guitarra más huracán - instrumento bambú, agujereado, por donde se friccionaban hilos cactáceos deslizándose con arena hacia orificios; según inclinación, simulaban sonidos vientos, tempestades, huracanes, brisas tenues y hasta tormentas insólitas-. Ello producía, en intimidades apolíneas, efectos apocalípticos; su voz especial creaba un ambiente no apto para histéricos, entre atrapada concurrencia fatalista, de aquella niña maravillosa.

Cuando ambos se conocieron, atravesando el semidesierto, después del río Mayales, al fondo, entre Cerro la Cruz y Peña Amerrisque, sobre café calcíneo, acarició su brillante cabello:

— ¡Qué hermosa chica va a mi lado, toda una celebridad!—, exclamó.

—Gracias—, respondió ella, acostumbrada a aplausos y halagos en los principales auditorios del viejo continente, el de la mira marciana.

Desde elevada peña—, donde inventaron mito del cacique Icárico, frente hispano, un kamikaze sobre selva epopéyica, quimérica oralista—, podíanse ver parches semidesérticos, entrando urbe. De fondo, gran lago plateado, contaminado; pos atardecer, una acuarela encendida, encima nubes torneadas, al desvanecer astro sol, hacia occidente, contrastaban con cerros y cordilleras deslúcidas. Rumbo abajo, permitían percibir muro hiédrico, tierra firme más precipicio, el vivero donde se conservan fauna- flora desaparecida, pese a campañas reforestativas veinte centúricas.

La niña Moccuany fué primera en contestar a la guía del tour:

— ¿A qué sabe un mango maduro?

Los niños expedicionarios sólo habíanlo visto en viejas fotografías del veinte, pinturas barrocas de naturalistas y entre aficionados históricos.

— ¿Huele a ribera danúbica, antes del bramido pétreo?—, respondió niña Moccuany, ante sonrisa de sus compañeritos.

— ¿Y los jocotes, esas pelotitas carnosas?—, preguntó de nuevo la guía.

Todos guardaron silencio; luego, un niño de piel manchada, respondió:

- ¡A cerco de piedra!

Nuevamente, las risas no se hicieron esperar, entre los visitantes.

— ¿Y los tigüilotes?—, por tercera vez, la guía preguntó.

Todos quedáronse viendo, mientras la probaban, *como cortesía del Hotel y Restaurante Alicios.*

Vociferaron a voz baja, haciendo brotar, en capullo, sus dudas, como metodología turística.

— ¿Nadie sabe?—, preguntó ella—; pues bien, les diré, nació silvestre, alguna vez, antes que el río se convirtiera en cauce. Pero, un día, hélices transportaron lejos con alas acéricas, los egregios incisos.

—Ya sé—, dijo niña Moccuany, con mejor nivel académico, cultural—, significa leche del río y espíritu joven, revoloteando, entre sus ramajes.

— ¡Muy bien dicho!—, exclamó guía emocionada-, aquí existen frutas, mientras antes, aquella sociedad las tuvo hasta en sus patios; más fuerte arrogancia de una cultura enferma que miró beneplácitamente, licencia para delinquir, propiciando egoísmo, corrupción política, religiosa. Maldijeron naturaleza, mientras comíanla: anonas, papayas, moriscas, igüaltiles, guanábanas, tamarindos, mangos, melones, sandías, naranjas, mandarinas, peras, jocotes, nancites, guabas, melocotones y flor silvestre, sempiterna, con rigurosa exclusividad: calala.

Los niños, escuchaban con atención, entre ramilletes verbales, algunas bromas pesadas, catársicas y frenéticas preguntas de hermosa guía que deseaba llegar a meta: *la reserva cordillera en media desolación.*

Cuando Moccuany, pudiente juigalpina, gracia su posición artística, buscó a Pancrasy, el más humilde entre ellos, deseando preguntarle, sin localizarlo, éste habíase dispersado un poco, para inspeccionar área donde se escondían, según tierra reseca, algunos insectos, sobreviviendo cambios climáticos de la chontales semidesértica; también por las fuertes imágenes impresas en mente, sobre aquellos tallados vegetales o barniz escultórico, pincelistas, retóricos urbanos, anunciantes del fin ecológico.

Encima del grupo y su guía, el teleférico transportaba desde sus amplios aceros, fijado con grandes torreones, buen porcentaje turístico hacia verdoso cordillera, mientras cáncer devora los alrededores.

La joven guía de aspecto frívolo, paciencia, buenas intenciones, voz melodiosa, pausada, reiterativa justa, comprensiva a cada respuesta, ingenua ante arrebatos infantiles, tomó aquel día final laborioso, las fragancias alicias, libro en mano.

Sol que atraviesas ozono y piel, entre brazos Orfeo, anunciando con tu trompeta heliotropina, el final de los tiempos. Tímpano que percibes otras realidades, aunque estés dormido. Luego apareció guía, participe en la escena onírica del durmiente, plasmando sobre pantalla, citas:

“Cuando escarabajo despliegue fuego con sus serafines ígneos, llegará fin; entonces brotará serpiente trenzada del suelo. Sin Protocolo; enardecida. Ni altisonancias; rugiente, mientras, trompeta vértiga, hará estremecer estrellas, átomos materiales; de

eterna primavera citadina, brotará zarza fundacional: Será momento en que insectos vacacionaran entre leguas azúfricas y un gran resplandor”.

CAPITULO. II

Nubes sobre penumbras macizas, arrebolando angustias, desbordamientos, guardaron lutos huracanados, pero sin truenos bélicos. En altiplano verdoso, imponíanse crestas azuláceas, tras mito Chontal. Del valle antaño, esbelto relieve a franja, hoy grama menuda, simboliza desgracia, *toponimia mortuoria circundando horizonte*. **De aquí saldrá la serpiente telúrica**, besando aire fresco entre rocas profundas, **con prisa líquida**, y adustos ramajes, antes para el idilio romántico, pos rivera mayálica.

Un poco después del cenit, la champa aserradero, entre chicharras inquietas mecánicamente, moviase con quien dormitaba, libro en mano y aquella voz emergiendo desde lo profundo, corrugada al calor, mientras su alma evocaba pretéritas reencarnaciones:

“Desde el aire, una exhalación, encima valle agranitado, evocaciones pretéritas, antes de espadachines cruzados, recordó cruentas batallas reencarnacionales, macana pétreo, tambores bélicos, cuerpos mutilados, piernas rasgadas, a priori teísmo recaudativo: sobre Tamanes lunar, lumbrera al viento rancheril, cuerpos desnudos, despidieron por última vez frente soberano boscoso, con guerrero, mil años después joven víctima solar. Terminado romance, tomola entre brazos, cabellera colgante. Lágrimas, tambores, lanzas pedernal y vestimenta piel tigre, decoraron aquella despedida. Percíbese contorno plateado, fundiendo últimos rayos crepusculares, refractando psicodélica púrpura; un abrazo térmico más frenesí estrellado.

Posteriormente, fue un joven que vivió en el pueblo, cuando sus calles eran barro, entre mulas, carretas, bueyes, sonido campanario dominguero, con misa latín incomprensible, turbantes caídos, pulcra vestimenta juvenil, utilizando recinto para jolgorio y cortejo”.

Al lado, la chica piel canela, con olor a calala, fue interpelada sùtilmente, escurriendo ambas manos del cuello, serpenteando aquella geografía cutánea, como dos gotas rebalsando cántaro, *en esta posterior reencarnación*; luego sus brazos, cual hiedra sobre aquel cuerpo torneado:

- Mi amor, humm, humm, humm— dijo él, en aquella dimensión desconocida
- ¿Estás bien?—, Preguntó la que después sería Miss Torcuaty Posollini
- Sí, soñé que estaba en otro lugar, pero no recuerdo nada-.
- Olvida eso, ven a mis brazos-.

Aquella pareja, exhausta, hacía unos segundos, nuevamente, en esos espacios ignotos, habían logrado manifestarse súbitamente. Ahora, despiertos, sin teas al anochecer, tambores, gritos, entre lo incomprensible; sólo una lámpara débil, un poco de ron con música.

Al rato preguntó la joven:

- ¿Qué soñaste?-
- Estaba en un extraño lugar despidiendo a alguien, como si se tratara la última vez-.
- Y se puede saber con quién estabas?-
- No recuerdo; parece que fue en un campamento. Pero bien.
- ¿Cómo estás, bien; te gustó como lo hacemos, o nos esperamos para tercera ronda?

La morena Torcuaty Posollini, entre sonrisas, labios herméticos, evitando una cobertura dental, balbuceante, prefirió el cautiverio, inmediato, antes que dar rienda suelta a sensaciones, como tropel sin riendas.

— ¡Pícaro, eres incansable!—, increpó la amante al enamorado, quien moldeaba con su artesanía erótica, el esbelto cuerpo de aquella morena acaramelada, entre piernas trenzadas y besos del novio.

—Mejor me voy, la procesión se aproxima; necesito vean que soy feligrés y devota—, aseveró Miss Torcuaty Posollini, cabello en cepillo, acomodándose medias, luego pantalón, por último, sostén de aquellos pezones enrojecidos meta besos del picaflor.

—Además—, respondió —, no te preocupes, toma estos billetes sagrados por la sociedad, cura los acepta en nombre altivo, el servil para mis mandados, y, político, reiterando democracia, eternamente.

Luego, nuevamente, alisó cabello la agraciada morena de sonrisa profunda, ojos vivaces, mientras, cercioraba broche pantalón, camisa y zapatillas, para ir arregladita al templo.

Para no ser vistos juntos, despidióse antes de caer sol; luego subió al coche enrumbándose por sendero céntrico, entre hileras eucalipticas, manchando azul blanco colegial. En el camino, ideas delíricas, asaltábanle, como entes lúdicos trágicos.

Se detuvo allí por Telefónica, hacia el Norte estudiantil, mientras los recuerdos invadían rostros tras cristales: recibió luz por orificios del techo, como donación al natura, sin porcentajes plazos, solo charcos terraplén y filigrana lumínica. Dejando una estela gris, cual propulsión arrebolica, condujo sobre asimétricas calles terrosas, entre multitud peatonal, carretones, pipas, más fardos vivientes. Acercose pos Vía Toledo, donde fue Mercado; luego detuvo tras calle, frente aquel atestamiento ruterios a tracción animal, aguas fétidas, vendedores acuosos, -extraídos periféricamente-, para aplacar sed incandescente: **Un verdadero resentimiento, buscando agua.**

El lotero, lo abordó desde la calle, aprovechando obstrucción vial.

—No lo necesito—, respondió él—; mis antepasados ganaron premio, en esa transición, despliegue publicitario más licencia extrayendo arcas públicas. Tengo mejores negocios. Desequilibrio naturaleza para *vosotros tengaistecho*. Aunque deseo patente fabril, mi espíritu estampa sobre restaurantes; sillas presidenciales; alcobas eróticas; culata fusiles produciendo caudillos; decoradas avenidas; formaletas arquitectónicas, como fue Babel, Faros Alejandrinos, columnas greco-romanas; barcos históricos que sometieron a naciones enteras; añejos toneles fermentados; aperos deportivos; combustible alimentando chimeneas residenciales o montañeses; fraguas auríferas iluminando pieles esbeltas; paleta triturando carnes; puertas castillos; puentes colgantes según precipicios; coches bélicos llevando auriga al combate; huleras psicópatas iniciáticas; tarimas demagógicas, púlpitos y catedrales.

Voces que asaltan comunicación de células quietas, dentro del somnoliente Midas y tira la almohada, sin darse cuenta, como tropes enunciando apocalípticas formas.

“El tercer ¡ay!, escabel herido, bestia multivalente. Acero menoscabando por dinero, ante tímido adulate. Tímpano para las Sirenas, orquesta indigente, merodeando un mástil delirante, entre pretérito lívido y canes a tropel.”

— ¿Pero qué con eso?—, Replicó el vendedor—, Acaso no fue cruel aquel pesebre gélido natividario, luego espinas sangrantes, caídas sobre madero y vestimenta raída para desquiciados.

— ¡Oh! tonto eres—, respondió el hombre, mientras jugueteaba con su anillo oro—, te digo, mi espíritu es universal, en diamante que antes fue árbol, piedra sepulta por eras.

— ¿Y nosotros, cómo nos favorecemos?—, preguntó el vendedor, mientras acomodaba gorra empapada en sudor y un ternero doble cabeza dejaba atónitos a la muchedumbre.

—A ustedes les dejamos ripios en tanto construyan casas, enciendan fuego, elaboren tapescos, canoas, cinchos ¿No es maravilloso?, sus camastros, patas gallinas, petates, mandil, arcos nativos, mango de hacha, cuchillo, cantimplora calabaza; por último, para no filosofar sobre destino, *la palmera es brinda éxtasis y resajamiento.*

—Dígame, ilustre Pancrasy, ¿usted es catedrático en chontales?

—No, hombre, te dije que soy táctico de dentadura mecánica, coleóptero motorizado. *Mis huellas quedan en pavimento hundido.*

—¿Ah, entonces usted es un inquisidor?—, Preguntó el vendedor.

—No, soy político.

CAPITULO III

En el ámbito, adornaban algunas prendas conmemorativas féminas, ratificando status local tras bastidores, favores compensados alcobinamente, dentro de atmósfera multicolor e irreal. Minutero continuaba su curso, paulatino, manecillas cálidas sin interrumpir. La leche sobre tocador, no fue aprovechada quedando tapada con hoja chagüite, del nacatamal inconcluso, fantasmagórico. A los lados, un par maceteras contenían palmeras, para lucir dormitorio, anteriormente iluminado levemente, entre siluetas indicando itinerario perceptivo, ajeno helicópteros reales.

Valle tras fondo, parches cafés evidencian; aunque cielo nublaban, red clorofílica no llegaba aún. El frescor matinal contrastaba pre anteriores fechas; los güises, canto del gallo, preludiaban Semana Santa, manteniendo antiguas tradiciones contra aquel infierno: tiempo de almíbares, rezos, niños licuando charcas in profundis, siempre; hornos prendidos al anochecer; leves vestidos; chicha coyol, cususa en fermentación; antiguas grabadoras reliquias, muchas veces reparadas, siempre exaltando cumbias - rancheras; mugidas cabras, con perros y aves corral.

A la entrada, don Cepilliny Posollini rajando leña, fibras delgadas, enjuto, mediana estatura, sin el azulón raído típico, con sandalias sintéticas, no del famoso caite antiquísimo, terminaba faena infatigable.

En el fogón, forjado pétreamente, como antiguos corrales o para chapar entradas, la leña ardía, prefiriéndola, porque suponen los alimentos mejor, debajo frijolera barrosa, cuyo aroma alborota nervios gástricos; luego, calma de ensueño. Solamente, don Cepilliny, ordeñaba las mugientes ovinas del corral, penumbrosas iluminadas por candiles kerosén; doña Riña Carimiq, mientras, atizaba fogón con reductos madroños periféricos.

La calma entrevía presagios, debido aurora; pese los vaivenes modernos ecosistémicos, se conservaba fresca aquella escuálida vivienda rupestre.

—Riña, Riña—, la llamó don Cepilliny.

Hubo pausa, mientras esperaba respuesta desde el fogón, in profundis.

—Ya voy, hombre—, Se oyó adentro la voz pausada, del trino rural, acostumbrados ver colores naturales, sin cabalgatas, carruajes tirados por equinos, carretones, pregoneros y transeúntes ciudadanos—, Sólo bajaré olla.

El perro, jadeante, movía cola angustiado por aroma enfriado, como escape ferrocarrilero.

La mujer tomó dos pañoletas por orejeras; luego púsola ocupando, nuevamente, fogón, para guisar arroz nuevayesterdayano.

—Riña—, llamola nuevamente, mientras sorbeaba placentemente, en guacal jícaro, leche cabra recién ordeñada. Ella, secò manos gracias delantal, atravesando amplios ladrillos sintéticos; últimamente, sobre terraplén entre el preludeo - haces luminiscentes -, gallos punteando piso, un porcino lambiscón degusta cáscaras por doquier, gallina picoteando granos, y lora sin alas, competían con gato debido objeto al suelo.

Llegó hasta allá cruzando en medio animales. La madrugada invadió pulmones, oxigenándolos, antes del furor cefesáceo poblano; filigrana púrpura evocaba advenimiento solar, al fondo, sobre ese penacho cordilleral. Detrás iba el porcino, confundiendo comalero por cáscara; aceleró marcha abriéndose entre gallinas despavoridas, mientras perro trémulo semi-enclenque, jadeaba lengua, molesto.

Llegó a él con pausa y bastón en mano:

— ¿A ver hombre, cuál es la prisa?—, Preguntó suave, entrecortado, pero con énfasis, al alba barroca y encendida, *como si extraños presagios estuviesen impresos en el deslumbrado advenedizo*:

— ¡Mira!—, dijo él—, Parece un escarabajo de púrpura sobre la alborada.

— ¡Ajá!, tan pronto vino hoy—, Respondió ella, desorientada, debido al desvelo anterior.

El tiempo habíase detenido atónitamente, ocasionando que de vez en cuando, Don Cepilliny, dejara ordeñar la cabra un instante, mientras doña Riña, absorta hacia Este, olvidara perro jala vestimenta.

A pocos minutos, entre penumbra, sombras abrieron puertas corral con overoles y botas piel ovínica. El primero en acercarse fue perro moviendo cola, ladrando, mientras aquellos acariciábanle frente; luego, gallinas se alborotaron. Detrás, iba porcino al encuentro.

— ¡Buenos días!—, saludaron a entrada de madero negro, con tono severo.

— ¡Buenos días!, pasen adelante—, dijeron los campesinos.

Los cuatros dirigiéronse hacia interior, mientras animales disparatáronse, junto perro inquieto moviendo cola. Se sentaron encima patas gallina metálica, descansando brazos sobre pochote vetusto, haciendo de mesa. La gallina y cerdo habíanse acoplado no molestar, esperando cualquier objeto al suelo. Hasta el can acostumbrado a ser amo del monte, casa, percibió las circunstancias, como queriendo traducir visita en buenos augurios, sin señales patrónicas.

Doña Riña, mientras tanto, regresaba con platos servidos de frijoles humeantes; en otra mano jicarera, tortilla comalera, encima recipiente y, a un lado, crema peliguellina.

Don Cepilliny más doña Riña, pusieron al lado del tablón, mientras huéspedes esperaban, céntricos, entre guacales, platos, cucharas de jícaro, tasa humeante, frijoles cocidos, matinalmente, en *aquellos despejos rubricos, un día orgullo chentaleño*.

Ambos sirvieron al gusto sus respectivas porciones, lo mismo, los visitantes.

—¿Cómo les fue?—, Preguntó el casero.

—Pues es lo último, ya no existe por donde—, dijo C'repietra.

—Pero, a orilla del río, hay unos hermosos—, increpó la señora, zalameramente.

—Habían—, comentó el Sr. Lames Bolliny, mientras hundía cuchara en pasta frijoles con crema ovina.

Aunque el fuego divino llega en soplo, anunciante vital entre áureos hilos, permitiendo opaco para proyectarse, igual, la mecha, iluminaba los rostros.

—El escarabajo os manda saludes—, aseveró C'repietra, al compás de una opípara tortilla comalera con crema y frijoles hervidos.

—Gracias—, Respondió don Cepilliny—; entiendo que se refiere al jefe, en sentido figurado. No necesariamente cualquier cosa; pero, eso sí, a cambio de conspiraciones futuras.

La señora Carimiq dejó escapar estornudo, desplazándose hacia dentro. Luego, regresó con arroz sancochado y más crema ovina, depositándola en media mesa. Un boquete del cielo permitió rayos, entre aquel bordado lumínico.

Un trueno en seco estremeció firmamento. Línea café separaba gris sin fuerza alguna, mientras aves cantaban advenimiento del día. Luego uno, otro más y las fronteras lumínicas ahuyentaron parches, con filigrano telaje, simetral refracción, tras foco empapando oscuridad.

—No importa, la luz de nuestros bolsillos cautiva, brillando levemente, según desarrollo laboral; por eso el *cro, sempiterno social, un fetiche. Es Dios*. Hace acto presencial donde quiera

que vamos—, dijo C´repiedra, sacando algunas monedas para sus anfitriones, cuales don *Pancrasy* *sofornaba con intimidatorios chantajes.*

—Además, las fronteras nosotros delimitámosla; en este lugar, solamente duró una semana—, complementó Lames Bolliny, arrogante, introduciéndose bocanada arroz con crema, mientras su izquierda acechaba hermosa comalera enrollada.

—¿Y mi Torcuaty, la vieron? — preguntó el padre adoptivo.

—Sí—, dijo C´repiedra, haciendo gesto afirmativo, a propósito del tiempo vacacional, puesto estudiaba en la capital, a orillas Xolotlán extinto.

Un gallo castizaba hembra, pronto; par de zanates, apostados en jícara, picoteabanse mutuamente, mientras perro aullaba alborotando a cuadrúpedos y palmípedos congregacionistas, como si propio diablo saliese por algún escondrijo. Posteriormente, las floreadas mamparas orientales abrieron sus puertas lumínicas. Desde la galera entejada, los comensales salieron despavoridos debido grito quien traía machigüe. Primero llegó perro; luego gallinas dispersas; después porcinos, hasta el burro, que al ver espectáculo, acercóse lentamente, lamiendo mano del mozo concentra desperdicios.

Los ilustres señores doblaron cartas, retirando platos al centro, mientras eructos, vientos bajos, brazos tirados hacia atrás, mostraban halagos, sin liras, danzas, pajes, más que aire fresco matinal, correteo palmípedo y bestias.

—Ya amaneció—, dijo C´repiedra

—¡Qué bello día!—, repuso doña Riña, balbuceante, miradas dispersas, evitando interpelación, frente esta proclama divina, *donde asoma su rostro en silencio y entre alborada.*

—En Juigalpa—, dijo Lames Bolliny—, iremos al templo a guardar tributo, como costumbre, para que Dios nos entregue bonanza, sin importar fachada y fisuras puesto un temblor no aguanta.

—Eso está muy bien—, afirmó don Cepilliny—, allí mandará el amigo sus contribuciones.

—¿Entonces, qué le decimos a su hija?—, preguntó C´repiedra.

—Que la estamos esperando—, respondió el hacendado.

—Dígale que se cuide mucho—, aconsejó su madre, mientras recogía la mesa frente aquel bello amanecer.

Una expansiva de helio asomó tras alturas, vomitando amarillo, intercalando nubes, entre aquellos arboles gaseosos advenedizos. Un suspiro del Oeste revoloteó sobre paredes pétreas, mientras superficie gris iluminaba paisaje inhóspito, frente a la postrada encima sus propias raíces.

—El día de hoy vendrán más camiones—, dijo Lames Bolliny.

—Está bien—, Respondió don Cepilliny, sorbeando café instantáneo nuevayesterdayano, sustituyendo a los marchitos ante la sequedad planetaria.

Por trocha verano partieron ambos en camión, tambaleante, sobre barro y escabroso entre laderas, hasta llegar a vía aterrada que conduce al Rama. Atrás, quedó estampa verde dorada, *graciasun poderoso vértigo, deforestativo, exacerbando la paz.*

CAPITULO IV.

La señora extrajo cual arboles gaseosos, estampa arremolinada, sobre cabellera laca - resina cactácea-, hundiendo dedos con delicadeza. Luego dirigió a él para despedirse, entre enseres vegetales, aves y porcinos quietos, al filo alboral:

—Luego nos vemos en seguidita— díjole doña Encarnación, juntando manos al anciano marido, de Río Revuelto.

Acompañabale un muchacho Kakastepeño, cargando cuajada, queso peligüey, miel abeja, hierba y plumas para sortilegios anti vibracionales.

— ¿Y quiénes son tus padres?—, pregunto don Kikimiq.

Joven Triquiñuelas Barajas, respondió, mientras el sol mostraba sobre limbo pétreo, filigrana púrpura – rubí, con intercalaciones cuársicas, encima yunque cordilleral.

—Don Sonsocuite Baraja y doña Nicacha Roña—, se dirigió a ambos.

— ¡Ah, entonces somos de la familia!—, repuso don Kikimiq.

Luego se despidieron del anciano, montando bestias hacia la gran ciudad.

Pasaron a trote cauce del otrora clamor, con amplio follaje, hierba fresca, sobre terreno agrietado y calcíneo.

Una mañana agradable antes de salir sol con funestos rayos.

El joven Triquiñuelas, olvidó intrigas vecinales contra los ríorevuelteños, mientras, doña Encarnación, todo oleaje difamatorio versus colindantes, *con nuevas máscaras, en advenimiento esplendoroso*, entre olores lácteos y sortilegios eróticos, sin sospechar que ambos pobladores estaban siendo manipulados por don Pancrasy, conforme mendrugo de pan.

Hiperactivas aves negras, tiñeron el cielo púrpura, agoreras, desalmadas, entre la aurora. Orillaron carretera, luego haber visto señales mortuorias campestres: animales desfallecidos, deforestación, sequedad inaudita y altas temperaturas. Era águila nacional, con su encorvado pico, tras víctimas de naturaleza.

Llegando a la carretera, doña Encarnación salió de su timidez, parco silencio, por si las dudas, sin dejar títere con cabeza y terminaran en ollas, animales desaparecidos.

—Esto es un castigo divino, antes comíamos almíbares en Semana Santa, de horno y monte; hoy nos estamos muriendo debido a la depredación ambiental. Así quedaron promesas impostoras.

—¿Quiere decir que antes se disfrutaba más y mejor?— preguntó el joven Triquiñuelas.

—¡Claro!, esa quebrada seca que acabamos pasar, la ví correr a grandes correntadas, animadas de peces, frutales y liebres entre los montes— le dijo ella mientras acampaban, un rato, en anterior vía asfaltada.

—¿Pero, que fue lo que pasó?— preguntó de nuevo el oven.

—Otro día te contare— respondió ella, mientras reiniciaba la marcha hacia el Norte Citadino.

En Juigalpa, luego atravesar una periferia paupérrima: niños enfermos; desencantados juveniles, abordaron centro histórico, atestado con muchos vehículos a tracción animal y humana, como taxi, evocando tiempos del medio evo, aquel efervescente cuadro pregonero, anunciando variedad mercantil.

El sol, ese día, había aparecido majestuoso, encima fosforescencia celeste: estratos, cúmulos amarillentos, nimbos tendidos sobre farallones, descomponiendo espectro pos claridad, para que hiciéramos lo mismo con fotosíntesis, en flora - fauna multicolor. Pero todo, vano, *esperando de las Burgas aguascalienteñas, la serpiente azúfrica, ácido fórico*, despertando desde escondrijo, y Jesús asome del cielo junto ejército megalítico.

Toda la frescura alboral convirtiòse en ramaje espéctrico, alta temperatura, paulatinamente, sobre ambos jinetes, entre aquella multitud cautiva del aliento hermético, deslumbre voraz, sin capa ozónica, como si séptima ronda planetaria, no significará fin tanto de fauna, flora y mercancía, custodiadas por canes plutónicos.

Por calles, joven Triquiñuelas Baraja, iba consternado, mientras se acercaba a iglesia histórica, siempre doblando campanas, debido perennes víctimas solares, o *aparente casualidad por cuenta Pancrúsica*.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

